

## El equilibrio del poder en perspectiva

BERNARDO SEPULVEDA AMOR

Henry Kissinger ha escrito una obra importante por varias razones. La Diplomacia es, en primer término, una espléndida narración de lo que ha sucedido durante los últimos cuatro siglos en un ámbito de las relaciones internacionales. Es, también, una fascinante historia de la política del poder, con una descripción puntual de quienes la han ejercido y de cómo hay que practicarla. Representa, por supuesto, una exégesis notable de la naturaleza y de los alcances del equilibrio del poder. Es, de la misma forma, un compendio de las políticas exteriores de un cierto número de Estados, con un trazo magistral de los objetivos que se han propuesto, de sus éxitos y de sus frustraciones. Es, necesariamente, un libro de biografías, al dibujarse la personalidad de un conjunto de estadistas que, con su genio político, han tenido una influencia determinante en la conducción de los asuntos mundiales. Constituye, por último, una aportación fundamental a la identificación de los distintos órdenes internacionales que han existido, o intentado existir, en el trayecto de los cuatrocientos años transcurridos desde que el Sacro Imperio Romano abortó en sus aspiraciones ecuménicas, fragmentándose y cediendo el paso a un sistema de Estados fundado en el concepto de la soberanía nacional.

La Diplomacia de Henry Kissinger es también una obra de disyuntivas éticas y de doctrinas en conflicto. Como símbolos de valores antitéticos, Kissinger utiliza las figuras de Teodoro Roosevelt y de Woodrow Wilson para ejemplificar dos grandes corrientes teóricas que guían el comportamiento de los Estados en su vida internacional. En un extremo, con Roosevelt como abogado, se plantea la tesis del interés nacional y el equilibrio del poder como fuerza motriz exclusiva en la política exterior de todo Estado que pretenda una posición hegemónica. En el extremo opuesto, se ubica el idealismo wilsoniano, postulando unos principios que descansan en la difusión de la democracia y de la libertad y en el respeto a un sistema universal de derecho.

Wilson es emblemático de una moral internacional que se contrapone al ejercicio crudo del poder. Adiós a un sistema de alianzas militares arropado en la conveniencia y el oportunismo inmediatos; adiós a la diplomacia secreta y a los tratados celebrados sin consultar a la opinión pública. Bienvenida la seguridad colectiva como instrumento para la conservación de la paz. Esta visión wilsoniana contrasta con el realismo político de Teodoro Roosevelt, quien consideraba que, en un mundo gobernado por el poder, el orden natural de las cosas se reflejaba en un concepto de "esferas de influencia" que asignaba una hegemonía sobre grandes regiones a potencias específicas; por ejemplo, a los Estados Unidos en el continente americano, o a la Gran Bretaña en el subcontinente indio.

Según Kissinger, Roosevelt encarna al estadista guerrero; Wilson al sacerdote-profeta. Roosevelt es el primer norteamericano que recibe el Premio Nóbel de la Paz, en 1906, por ejercer el realismo geopolítico, negociando un tratado de paz entre Japón y Rusia en donde la solución está basada precisamente en las reglas del equilibrio del poder y las esferas de influencia. Wilson, en cambio, postula una doctrina axiológicamente distinta, en donde la moral y el honor

juegan un papel determinante. Así, el equilibrio del poder se sustituye por una comunidad del poder, posteriormente conocida como seguridad colectiva.

Dedicar una porción de este comentario a los dilemas éticos y políticos reflejados en los dos polos que representan Roosevelt y Wilson no es una tarea ociosa. Kissinger mismo, al inicio de su libro y antes de emprender la revisión histórica de la diplomacia, dedica todo un capítulo a fijar los criterios de las dos escuelas de pensamiento político. En la lectura posterior de las cerca de mil páginas que componen *La Diplomacia*, existe una referencia continua al idealismo wilsoniano y al realismo político de Roosevelt como dos métodos contrapuestos para conducir los asuntos internacionales. El dilema no es nuevo: tiene su antecedente remoto en Tucídides. Es narrado en forma elegante y perceptiva por Kissinger al hacer la historia del cardenal Richelieu y la razón de Estado; del príncipe Metternich y el equilibrio del poder; del canciller Bismark y la *realpolitik*.

Lo nuevo es atribuir a Wilson la paternidad del hilo conductor que guía a la política exterior estadounidense en el siglo XX. A juicio de Kissinger, el mayor triunfo de Wilson es ser el origen de la escuela intelectual predominante en las tareas internacionales del gobierno norteamericano. Así, conforme a Kissinger, el gran legado de Wilson, con vigencia hasta nuestros días, es haber comprendido que sólo es posible superar el instintivo aislacionismo del pueblo estadounidense apelando a su fe en la naturaleza excepcional de sus ideales. Negar todo interés nacional egoísta, invocando el valor de los principios como concepto supremo de la política exterior, sería la herencia trascendente de Wilson: desde entonces, en la interpretación de Kissinger, cada presidente estadounidense ha instrumentado variaciones sobre el tema wilsoniano y sus principios constituyen los cimientos de la política exterior norteamericana hasta nuestros días.

Para un buen número de estudiosos de las relaciones internacionales, tanto en Estados Unidos como en el extranjero, probablemente resulte sorprendente identificar el ejercicio real de la política exterior norteamericana de los últimos setenta años con los ideales wilsonianos. Esto es así porque, como decían los clásicos, las grandes potencias actúan siempre como grandes potencias. Sin duda, toda política exterior tiene su propia retórica. En ocasiones, pocas por cierto en el caso de las potencias hegemónicas, la acción externa de un Estado puede armonizarse estricta y rigurosamente con su propia retórica principista. También puede suceder que una nación se proponga, como objetivos de instauración universal, unas normas éticas o políticas de una virtud innegable: democracia, libertad, respeto a los derechos humanos, legalidad, paz, justicia y seguridad colectiva. Imposible cuestionar la nobleza de esos valores. Pero el asunto es hacer compatibles esos grandes propósitos con las realidades del poder, en donde la persecución del interés nacional y de la geopolítica entran normalmente en conflicto directo con una estrategia principista.

La lectura del libro de Kissinger pone en evidencia la necesidad recurrente, para un buen número de estadistas, de seguir el ejemplo de Wilson, aplicando una fórmula política de indudable inteligencia, pero que no tiene como fin último la subsistencia de una norma moral. Tiene como objetivo, en cambio, apelar a la buena conciencia de la opinión pública, invocando principios éticos o humanitarios -que pueden ser uno de los elementos, pero no el único- para hacer efectiva una política de poder. De esta suerte, conceptos como interés nacional, equilibrio del poder, *realpolitik*, zonas de influencia, o geopolítica, habrán de estar púdicamente amparados en

conceptos nobles y generosos, que despierten el apoyo de una sociedad que se identifica con las buenas causas. Un párrafo de *La Diplomacia* sirve para ilustrar esta doble contabilidad:

"Pero Roosevelt vivió un siglo demasiado tarde o un siglo demasiado temprano. Su enfoque de los asuntos internacionales murió con él en 1919; desde entonces, no lo ha invocado ninguna escuela importante del pensamiento norteamericano sobre política exterior. En cambio, sin duda nos da una medida del triunfo intelectual de Wilson el hecho de que hasta Richard Nixon, cuya política exterior encarnó en realidad muchos de los preceptos de Roosevelt, se considerara ante todo discípulo del internacionalismo de Wilson y colgara un retrato de este presidente en el Salón del Gabinete".

Henry Kissinger escribió un libro que contiene muchas historias. Una, importante, es la historia del orden internacional establecido en distintas etapas de las relaciones entre los Estados, normalmente como consecuencia de una conflagración bélica de grandes proporciones. El primer sistema narrado por Kissinger tiene su origen en el genio de Richelieu y la razón de Estado; nace como consecuencia de la Guerra de Treinta Años y tiene su expresión en la Paz de Westfalia de 1648. El resultado es que, durante un siglo y medio, se instaura en Europa la política del equilibrio del poder, al disolverse el sueño medieval de un imperio universal y al surgir, de esa fragmentación, un cierto número de Estados de fuerza casi igual.

Conforme a este nuevo sistema, "cuando diversos Estados así constituidos tienen que enfrentarse entre sí, sólo hay dos resultados posibles: o bien un Estado se vuelve tan poderoso que domina a todos los demás y crea un imperio, o ningún Estado es lo bastante poderoso para alcanzar esta meta. En el último caso, las pretensiones del miembro más agresivo de la comunidad internacional son mantenidas a raya por una combinación de los demás; en otras palabras, por el funcionamiento del equilibrio del poder". Pero el sistema tenía un pecado original: descansaba en un cálculo estricto de beneficios inmediatos y de compensaciones específicas; no en un principio superior de orden internacional. Era preciso, por tanto, encontrar una base de legitimidad que otorgara sustento más sólido al sistema.

Al término de las guerras napoleónicas, se gesta en el Congreso de Viena un Concierto Europeo cuyas reglas aseguraron paz y estabilidad en el continente durante un lapso prolongado: en el transcurso de cuarenta años no hubo ninguna guerra entre las grandes potencias y, después de la guerra de Crimea en 1854, no hubo un conflicto general durante otros sesenta años.

Para explicar ese éxito, Kissinger señala que los países europeos "se encontraban unidos por un sentido de valores compartidos: no sólo había equilibrio físico, sino también moral. El equilibrio del poder reduce las oportunidades de recurrir a la fuerza; el sentido de la justicia compartido reduce el deseo de emplear la fuerza". La ruptura de este orden tuvo sus orígenes en el conflicto frontal entre dos intereses nacionales en pugna. La Francia de Napoleón III y la Alemania de Bismarck dieron al traste con un delicado y frágil equilibrio del poder, al consagrar la idea de que las relaciones entre los Estados son determinadas por la fuerza bruta, habiendo de prevalecer el más poderoso. Esa práctica de *renpolitik* se encargó de abrir las puertas al primer gran conflicto bélico del siglo XX.

El siglo XX ha registrado tres intentos por recrear un orden mundial. El primero se consagra en el Tratado de Versalles y en el Convenio de la Liga de las Naciones. Conforme a sus

términos, el sistema internacional estaría basado en la seguridad colectiva, abandonando toda pretensión de fundar las relaciones entre Estados en el equilibrio del poder y en las odiosas alianzas de conveniencia. Una diplomacia abierta, un desarme general, la solución imparcial de litigios y el establecimiento de una organización universal responsable de mantenerla paz fueron las aspiraciones de ese experimento. Para Kissinger, este nuevo orden tuvo un vicio de origen: la seguridad colectiva, en contraste con un sistema de alianzas, es un concepto etéreo, incapaz de contener las ambiciones hegemónicas alemanas o japonesas. En el saldo final, el Tratado de Versalles significó tan sólo un armisticio de veinte años. El precario balance político se rompió con la tragedia de la Segunda Guerra Mundial y, de nueva cuenta, fue necesario imaginar un orden mundial con una arquitectura más sólida.

El intento más acabado lo constituye la ONU, aunque para Kissinger, estudioso profundo de las relaciones de poder, lo que le importa examinar en su libro es la naturaleza política del sistema bipolar existente a partir de 1945 y que subsistió hasta 1990. Para Kissinger, "durante la Guerra Fría, los Estados Unidos participaron en una lucha ideológica, política y estratégica con la Unión Soviética, en que un mundo de dos potencias operaba siguiendo principios totalmente distintos de los de un sistema de equilibrio del poder. En un mundo con predominio de dos potencias, nadie puede decir que el conflicto conducirá al bien común; todo lo que gane un bando lo perderá el otro. La victoria sin guerra fue, de hecho, lo que Estados Unidos logró en la Guerra Fría, victoria que ahora los ha obligado a enfrentarse al dilema que describió George Bernard Shaw: hay dos tragedias en la vida. Una consiste en no lograr lo que más se desea. La otra, en lograrlo."

Al finalizar el siglo XIX, el sistema europeo del equilibrio del poder retornó a los principios de la política del poder. Al finalizar el siglo XX, Kissinger dibuja la existencia de un sistema multipolar, en donde Estados Unidos será la nación más grande y poderosa, pero que tendrá sus limitaciones. Nos dice que "el sistema internacional del siglo XXI quedará señalado por una aparente contradicción: por una parte fragmentación; por la otra, creciente globalización. En el nivel de las relaciones entre Estados, el nuevo orden se parecerá más al sistema de Estados europeos de los siglos XVIII y XIX que a las rígidas pautas de la Guerra Fría. Contendrá al menos seis grandes potencias -Estados Unidos, Europa, China, Japón, Rusia y probablemente la India-, así como toda una pléyade de países de mediano tamaño y más pequeños. Al mismo tiempo, las relaciones internacionales se han vuelto por vez primera auténticamente globales. Las comunicaciones son instantáneas; la economía mundial opera de manera simultánea en todos los continentes. Afloró un conjunto de problemas a los que sólo se puede hacer frente en escala universal, como la proliferación nuclear, los ambientales, la explosión demográfica y la interdependencia económica".

Hay, quizá, una cierta nostalgia de Kissinger al suponer un mundo restaurado a la manera de los maestros y artífices del equilibrio del poder:

Richelieu, Talleyrand, Metternich, Canning o Bismarck. Imposible imaginar la naturaleza y la transformación futura del Estado soberano, tal como hoy lo conocemos, cuando experimentamos un sistema de integración, pero también de disolución de unidades políticas. Imposible pronosticar si el equilibrio del poder anunciado para el siglo XXI nos dará ciento cincuenta años de tranquilidad relativa como la emanada de la Paz de Westfalia, o una estabilidad de cien años como la derivada del Congreso de Viena. Para dar respuesta a estas cuestiones, tendremos que

determinar si habrá un sentido compartido de legitimidad entre todos los participantes, construyéndola con base en la aceptación generalizada de unos valores políticos comunes, reconocidos como imperativos por una variedad de sociedades heterogéneas.

Por sus dimensiones intelectuales y físicas, esta obra de Henry Kissinger no es un simple manual del buen diplomático, aunque su lectura será indispensable para quien pretenda entender y ejercer el oficio internacional. A pesar de su título, el libro no es únicamente un tratado sobre la diplomacia, sino fundamentalmente, una historia del poder en las relaciones internacionales. La política del poder y su equilibrio son examinados a profundidad y con gran inteligencia por Kissinger, elaborando una obra magna y magistral que nos permite conocer y apreciar cuatrocientos años de historia en la conformación de una comunidad internacional organizada.

La historia del poder es una historia de élites. En esta historia de *La Diplomacia* están presentes sólo los actores principales: las grandes potencias de la época y sus dirigentes. Todo aquello que no está vinculado con el poder queda excluido de esta historia. No estarán invitadas las pequeñas y medianas potencias. Tampoco habrán de ser convidados otros actores de reparto, como los pueblos de las grandes potencias o de las potencias secundarias. Notable, en cambio, que no se incluya en la historia del poder al factor económico, que es un gran ausente en el pensamiento kissingeriano.

Henry Kissinger, académico, diplomático, estadista, Premio Nóbel de la Paz, combina felizmente tareas disímbolas. Como intelectual, ha logrado analizar e interpretar sagazmente el funcionamiento de los sistemas internacionales. Como estadista, ha sabido construirlos.

Vaya para el Fondo de Cultura Económica, y para su director, un reconocimiento amplio por esta magnífica publicación. Es admirable el cuidado de la edición y el esmero puesto en lograr una obra en español de alta calidad. Los lectores del Fondo y, en especial los estudiosos de las relaciones internacionales, quedarán por siempre agradecidos.

Comentarios al libro de Henry Kissinger, *La Diplomacia*. México. FCE, 1995, durante la ceremonia de presentación de la obra, celebrada en la sede del Fondo de Cultura Económica el 9 de febrero de 1996.

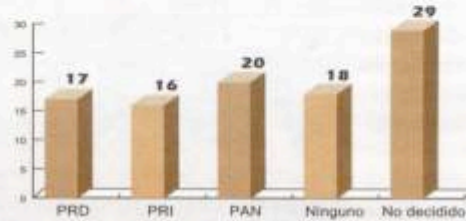
Política y gobierno  
Elecciones 1997, Ciudad de México

INDICADORES

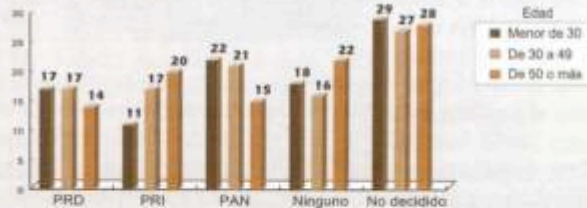
Política y gobierno

Elecciones 1997, Ciudad de México

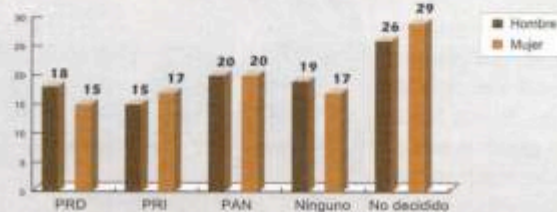
EL PRÓXIMO AÑO HABRÁ ELECCIONES EN MÉXICO PARA RENOVAR DIPUTADOS Y SENADORES AL CONGRESO DE LA UNIÓN; SI HOY FUERAN ESAS ELECCIONES, ¿POR QUÉ PARTIDO VOTARÍA?



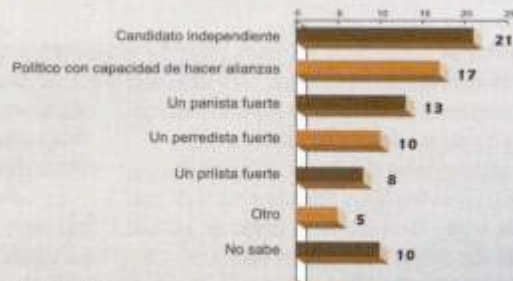
EL PRÓXIMO AÑO HABRÁ ELECCIONES EN MÉXICO PARA RENOVAR DIPUTADOS Y SENADORES AL CONGRESO DE LA UNIÓN; SI HOY FUERAN ESAS ELECCIONES, ¿POR QUÉ PARTIDO VOTARÍA?



EL PRÓXIMO AÑO HABRÁ ELECCIONES EN MÉXICO PARA RENOVAR DIPUTADOS Y SENADORES AL CONGRESO DE LA UNIÓN; SI HOY FUERAN ESAS ELECCIONES, ¿POR QUÉ PARTIDO VOTARÍA?



PENSANDO EN UNA FUTURA ELECCIÓN DEL REGENTE, ¿QUIÉN SERÍA SU CANDIDATO IDEAL?



Vitrina metodológica

Tamaño de la muestra: 1,198 entrevistas en la ciudad de México  
 Método de muestreo: aleatorio por conglomerados  
 Margen de error: ±2.8  
 Confiabilidad estadística: 95%  
 Levantamiento: 10 al 12 de febrero de 1996.

